

Florero con flores mustias

por Hugo Alfaro

—Fuimos a la Colonia Etchepare un día de mediados de febrero. Uno de aquellos días de lluvias torrenciales y tremendo calor. Las pacientes de la "Santín Rossi" estaban como en un patio. El barro nos impedía casi caminar, y las pacientes estaban allí. Amontonadas, descalzas, pisando las materias, el orin y las sobras de comida. No les importaba dónde pisaban, y lo más horrible era que no les importaba. Cuando nos vieron se abalanzaron sobre nosotras. Ibamos una amiga y yo. Ella había quedado un poco atrás. Yo le decía: "¿Dónde estás, dónde estás!" Había desaparecido entre las enfermas que la rodeaban, pidiéndole de todo. Nos tocaban, nos acariciaban, trataban dulcemente de arrancarnos cosas. Sobre todo nos pedían cigarrillos. El olor era insuperable. Hacía dos días que la Colonia estaba sin agua, y los baños reboaban. En otro pabellón había jovencitos que caminaban sin objeto de un lado para otro, incansablemente. Tenían arriba, alguna cosita puesta. Pero de la cintura para abajo estaban desnudos. Vimos gente de personal lavando los jarros donde les sirven la leche. Era un balde como esos de lavar pisos, con un agua turbia. Allí enjuagaban los jarros y les servían la leche a los enfermos. Luego éstos se esmeraban exageradamente en guardar los jarros en un ropelito. Aquello era un foco de infección, pero la verdad es que en el panorama general no desentonaba, era un detalle más.

Es el panorama general el que desentona con el recuerdo. El recuerdo muy lejano de una Colonia Etchepare

mantener aislados? Lo cual no justifica, por supuesto, ese tipo de confinamiento.

—No lo creo. ¿Sabe por qué? Uno de los enfermos se nos acercó, todo lo que la valla del tejido le permitía, y nos dijo: "¿Y ustedes, a qué vienen? ¿A ver calamidades; injusticias, miseria? ¿A ver cómo es esta democracia nacional?". No parecía muy enfermo. Desde que "El Día" publicó unas notas impresionantes sobre la Colonia, se prohibió terminantemente la entrada de la prensa.

—¿En qué fecha vieron todo eso? Ustedes dijeron mediados del mes pasado...

—No. Esa visita fue en mayo del 83. Pero cuando volvimos a mediados de febrero el panorama —humano y locativo— era exactamente el mismo.

La rueda de familiares se ensancha.

—Un día llevamos cinco o seis kilos de caramelos y se los dimos a los botijas de El Castillo. Son unos quince, de entre 8 y 12 años. No sabían comer. Los monos del zoológico saben sacarles el papel y tirarlo. Aquellos niños no. Se metían los caramelos envueltos en la boca y así los comían. Nos quedamos espantados mirando aquellos botijas. Se los comían las moscas, y no hacían el menor gesto de espantarlas. Le dicen El Castillo al lugar donde los tienen. Es todo muy doloroso.

La carga desigual de la vida

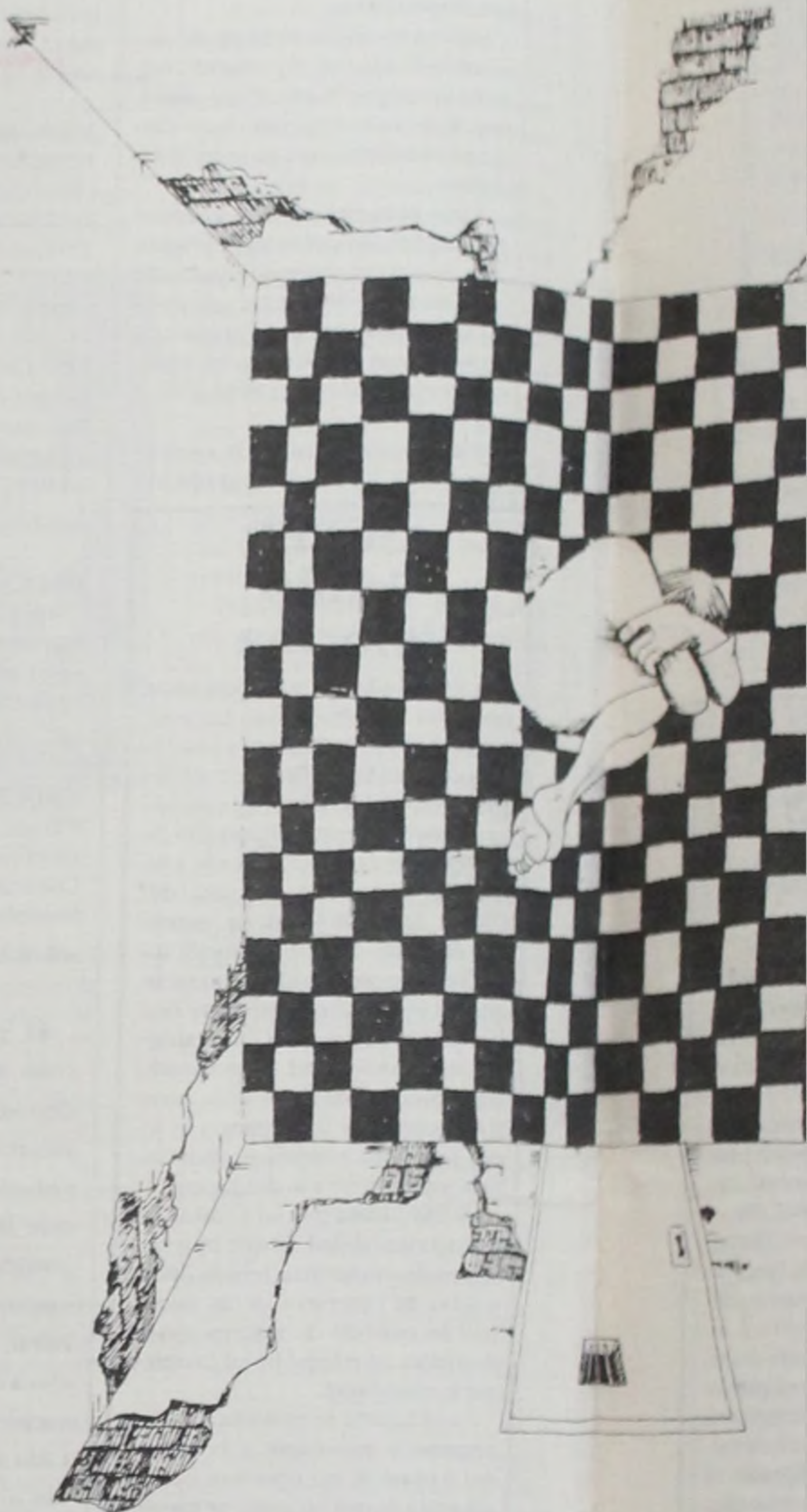
Es para impedir la insensata ocurrencia de trasladar los pacientes del

troshocks sin anestesia, y cinturones y chalecos para atar a los pacientes, si. La comida —como entonces— es un matete poéticamente llamado guiso, en el que se descubren, sin alegría, los mismos ingredientes durante los 365 días del año (para mejor, éste es bisiesto). No se trata sólo del gusto, atendible, por una cierta variedad, sino de la necesidad dietética de que un hepático o un diabético coman lo que deben y no lo que comen todos. Allí el mozo tiene poco trabajo: "Marchen 450 guisos!". Al barrer.

Una veintena de enfermeros —quizás no más de 16 o 18— está atendiendo a toda la población hospitalaria actual, por un sueldo promedio de N\$ 4.000.00 (nominales). Y las asistentes sociales creo que no pasan de 3 o 4, para atender a todos los pacientes, a los familiares de los pacientes, a las policlínicas y al servicio de puerta. No, no da el Vilardebó para que se trace de él una imagen idílica. El que se le prefiera ampliamente en un cotejo con la Colonia, no autoriza a echar un manto sobre sus trágicas carencias. Eso sería convalidar una carencia aún más trágica: la de un plan de salud humanitario y eficaz para todos los uruguayos.

Tiene además el Vilardebó, sobre la Colonia, una ventaja esencial que le sale gratis. No es mérito suyo el que la Etchepare diste 84 km del centro de Montevideo. Y eso resulta decisivo para que en un caso el enfermo tenga permanente compañía, y en el otro quede sellada la soledad, el aislamiento casi absoluto. ¿No se contabilizó ese "detalle", que para el mundo afectivo bipolar —paciente/familiar, familiar/paciente— debió ser determinante?

Aquí irrumpe en escena la gente ad-



con montes de membrillos y perales, cultivos de tabaco y lechonerías. Un mundo natural que en vez de violentar y humillar al enfermo, lo dignificaba, lo sedaba.

—Pudimos ver pabellones no compartimentados, al aire libre. Allí los enfermos están como presos. Hay una cerca alta de tejido de alambre de púa, y una porterita bajo candado. Allí no puede entrar absolutamente nadie sin permiso y justificación. Aquello no era para nada un acto médico; era un acto represivo, parecía una sanción. ¡Pero se trataba de enfermos, no de delincuentes!

—¿No serían enfermos de gran peligrosidad, a los que era necesario

Vilardebó a esa especie de campo de concentración que es la Colonia Etchepare (en vías de consumarse, según un plan sistemático) que se constituyó el Movimiento Pro Ayuda al Enfermo Psiquiátrico. Pero, por favor: no idealicemos al Vilardebó. Hace diez años largos, los periodistas montevideanos denunciábamos el horror del Cuadro Bajo, la trementina, el hacinamiento, el hedor, el histórico hedor "a Vilardebó", que las pituitarias de la memoria rescatan con náusea. ¿Pudieron mejorar las cosas en este lapso, en que todo retrocedió? El Cuadro Bajo está ahí: 2 enfermeras, mujeres, para 50 pacientes de extrema peligrosidad, y un médico. Trementina ya no se aplica (¡adiós, Dr. Barindelli!), pero elec-

mirable nucleada en el aludido Movimiento. Los familiares de los pacientes del Vilardebó parecen infatigables, pero se fatigan como todo el mundo. No me refiero a la improba (y gravosa) tarea que supone el desplazamiento, en algunos casos 2 o 3 veces por día, hasta el hospital de la calle Millán. Pesada tarea que cumplen con alegría (si la palabra cabe), sabiendo como saben que ese cariño es de las poquísimas cosas que aquellos reciben en su mundo partido. Seguramente encuentran en el cumplimiento de ese esfuerzo (hacer algo por quien nada tiene), una gratificación, un consuelo.

Me refiero en cambio a otro peregrinar. El de golpear puertas, ayer, hoy y mañana, para ser escuchados en sus

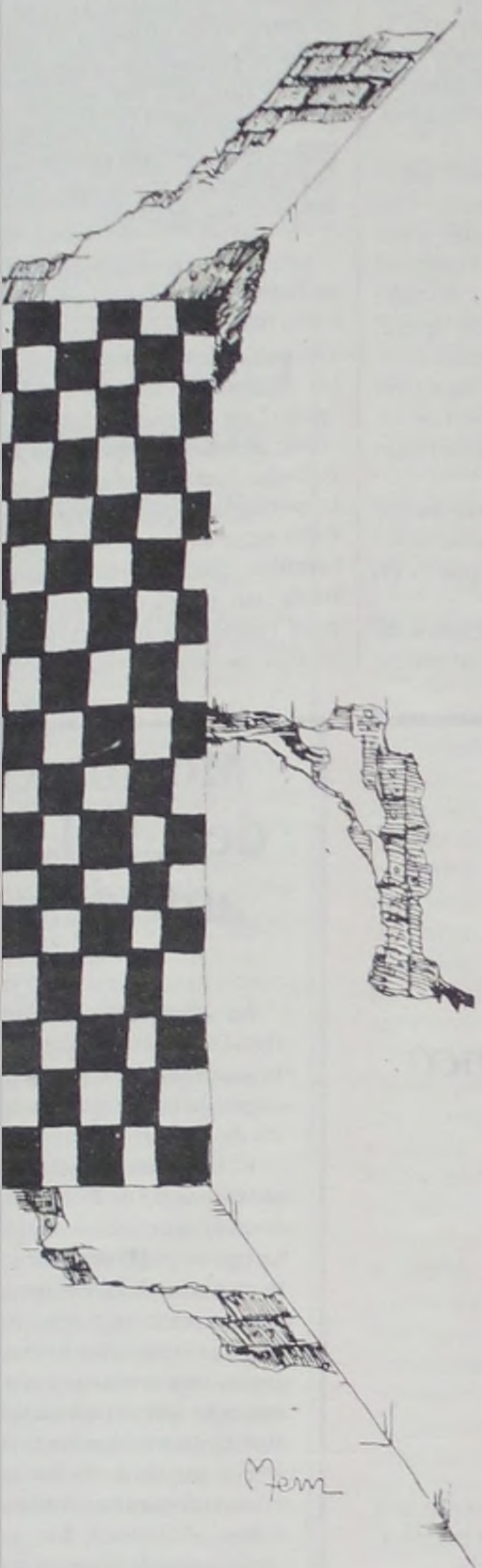
justos, apremiantes reclamos. Pesadas puertas del Ministerio de Salud Pública, que se entreabren o no, según inciertas leyes; puertas de las dirigencias partidarias, para que incorporen en la plataforma de principios de sus organizaciones políticas algún proyecto para la asistencia del enfermo mental, compatible con el decoro mínimo inherente al ser humano; puertas, en fin, de los medios de comunicación para exponer ante la opinión pública, una y otra vez, esa problemática que afecta a toda la sociedad y no sólo a quienes están ahora, personalmente involucrados en ella. El país entero les es deudor. Ellos, a sus años (89 tiene uno) no se pueden permitir el lujo de la tristeza. Se exigen, en cambio, el austero deber de la perseverancia y la lucidez.

Los países que esconden, como un baldón, a sus enfermos mentales, están enfermos. Y el Movimiento Pro Ayuda al Enfermo Psiquiátrico —que no es un sello de goma, ni un documento de personería jurídica ni un domicilio constituido (nada de eso, sin embargo, les falta: calle Rafael 4091, teléfono 56 34 57), sino un grupo de personas mayores, que pueden agitar-se si suben escaleras, gente humilde, gente de trabajo (o carente de él)— es el que está rescatando en esta materia el honor nacional, la conciencia colectiva de que algo debe hacerse, pero ya.

En un tema doloroso donde concurren la indiferencia, el sadismo y la rapacidad, las señoras y los señores del

Movimiento tratan de enojarse lo menos posible en aras de la eficacia, aunque tendrían tanto derecho a la indignación... Porque los planes de salud son urgentes pero demandan su tiempo. En cambio, el que no se lleven a su hijo de 18 años, del Vilardebó a la Etchepare, es para Cándida la angustia de cada minuto, algo que hay que parar de cualquier modo, antes de que sea vergonzosamente tarde. Tarde para el hijo de Cándida, y tarde para los hijos de todas las Cándidas, algunos de los cuales ya fueron trasladados.

—Mi hijo fue internado en la Colonia Etchepare porque tenía 15 años, y al Vilardebó no podía ingresar. Salía por primera vez de su hogar y del costado de su madre. Cuando fui el segundo día no se encontró el paciente, nadie dio información de él. Lo recogimos como a las seis o siete horas, en un campo, perdido como si fuera un animal. Fue encontrado completamente horrible. El chico vino con barro hasta la rodilla, el pelo que no era pelo parecía paja, envuelto en una arpillera. Cuando lo vi me horroricé. No pensé que era él, pero él me reconoció a mí. Lo llevé a casa y el chico empezó a andar mal y mal. Lo llevé al Clínicas; al chiquilín me lo vieron los facultativos y los estudiantes. Lo encontraron traumatizado del oído, tenía hematomas en la espalda, enfermedades en el chico de quince años por primera vez sacado de



su hogar. Le dieron pase para el Vilardebó y allí lo internamos en el año 80, así que hace tres años que está. Para mí el Vilardebó es el segundo hogar. Porque si el señor Director de la Colonia Etchepare y el Director de Salud del Ministerio dijeron que si ellos tuvieran un hijo enfermo —loco, como se le dice— y no tenían recursos para una casa de salud, le llevarían a la casa de ellos, yo les preguntaría como madre, frente a frente, les preguntaría a ellos si se podrían sentar a una mesa con un loco descompensado a compartir un plato de comida y poder tener ese hijo en la casa, como yo lo viví a mi hijo en mi casa. Que mi casa quedó hecha un basural, porque mi hijo descompensado igual me mataba a mí, es un chico agresivo. Así que para mí el Vilardebó es todo. No creo que lo puedan borrar de un día para otro. Por un familiar que no vaya a ver al paciente, habemos muchos que vamos a colaborar por los que tienen familiares y por los que no tienen. En momentos en que se cerraba definitivamente el Vilardebó, en el mes de octubre o de noviembre, la doctora de la sala me obligó a llevar a mi hijo conmigo, porque me lo pasaban otra vez a la Colonia Etchepare, a lo cual yo le dije tienen la obligación como médicos que mientras el Vilardebó esté con las puertas abiertas, el paciente puede permanecer en la sala mientras el fami-

liar se ubique. Porque una casa de salud es una casa de salud. Nadie puede pagar dos, tres millones de pesos en una casa de salud para que a los tres días se lo saquen para la calle al paciente, porque un loco no puede estar con enfermos que no son igual que él. Así que ningún familiar humilde como yo, que gano tres mil pesos, puede pagar una casa de salud para que me llamen por teléfono y me digan su hijo se descompensó, llévelo a un hospital psiquiátrico. ¿Dónde está el hospital psiquiátrico? El hospital Musto, como le llaman hospital psiquiátrico, tampoco sirve para el enfermo mental, porque más bien parece un quirófano. No sé cuántos dice que ya se tiraron de los pisos. Para mí el Vilardebó tiene que seguir o hacerse una cosa similar. Es un dolor muy desgarrante separarse definitivamente de un familiar de al lado de uno. En cambio al Vilardebó vamos dos, tres veces al día. Yo lo hice el 1° de Mayo que no había locomoción, caminando del kilómetro 9 del Camino Maldonado al Vilardebó. Deben comprender que es un sacrificio para el que lo oye, pero para quien lo vive no es sacrificio. Desgraciadamente hay muy poco trabajo en este país, el padre está sin trabajo. Trabajamos más las mujeres que los hombres. Tengo yo con mi pequeño sueldo que mantener el padre y el hijo. Y pagar el alquiler. Hay que pensar cómo se puede hacer, cómo se puede sobrevivir, cómo nuestro Uruguay no va a terminar todo loco con la situación económica tremenda. Venimos acá, no hay medicación. ¿Dónde vamos a buscar la medicación para un enfermo agresivo como el mío? ¿Adónde se puede recurrir por esta medicación? ¿Al Musto? ¿Al Ministerio de Salud Pública? ¿Con qué compramos un remedio psiquiátrico que vale cien pesos? ¿Quién nos escucha? Yo le pagué el medicamento para mi hijo cuando en el hospital no había. Tendré que trabajar dos días seguidos en una casa de familia donde me pagan un sueldo para que haga un horario. Yo le pregunto a esos directores cómo haríamos nosotros con nuestros familiares enfermos, sin medicación, sin alimento y sin hogar, con tres mil pesos que gana una sirvienta doméstica, quisiera que ellos me contestaran si ellos pueden compartir conmigo eso, si es que tuvieran en su casa un enfermo, la madre o su hijo o su señora. Nadie está vacunado contra la locura. Nadie está libre que se pueda enloquecer. Ricos y pobres.

La nota podría terminar aquí. ¿Se puede ser más elocuente? Sin embargo, quizás resulte útil agregar algo más. Los familiares deben recordar siempre que en todo enfermo mental (y en cada uno de nosotros, que nos creemos alegremente sanos) hay una parte sana y una parte enferma. Fortaleciendo, con su amor y su paciencia, la parte sana de sus enfermos, esos familiares están a favor de la vida. ¿A favor de qué están las autoridades de Salud Pública y los médicos que las secundan sin chistar, ellos que tienen la obligación, libremente contraída, de

tratar la parte enferma de esos pacientes?

La cara de la desgracia

— Desde febrero del año pasado planeaba sobre la cabeza de los pa-

se al margen de aquel drama. Parecía que todos nosotros estábamos cuerdos, y que los únicos locos eran quienes habían adoptado aquella decisión. Otra vez: en lugar del acto médico, un acto aterrador, punitivo (o así lo sen-



cientes del Vilardebó la amenaza del traslado. Primero fue el rumor, al que no podíamos dar crédito porque nos parecía disparatado. Y después las primeras evidencias. Un médico y varias asistentes sociales empezaron a fichar minuciosamente a los enfermos, haciendo hincapié en la posibilidad que cada familia tuviera de acogerlos en su seno. La alternativa era clara o, mejor dicho, turbia: quienes no podían reingresar en su casa, o en una casa de salud, serían trasladados a la Colonia Etchepare. Como se imaginará, cundió la desesperación. Aquello era una bomba de tiempo, y estalló el 1° de agosto. Unos días antes se les cortó el pelo a todos; señal inequívoca, por esa fijación capilar que las mentes autoritarias tienen en el corte de pelo, de que algo importante estaba por ocurrir. En efecto: ocurrió temprano de la mañana del 1° de agosto. Los enfermos debieron reunir sus cosas, ir con ellas al patio central (el busto de Artigas como testigo) y dejarse llevar hasta la camioneta que los trasladaría a la Colonia. Lo que se vio y se vivió en esas horas es un capítulo bochornoso de nuestra historia patria. Los enfermos se rebelaron, se excitaban terriblemente, gritaron y lloraron. Lloraban ellos y llorábamos los familiares; y hubo médicos y personal de enfermería llorando también, porque era difícil mantener-

tían los enfermos), enmarcado en el ejercicio de una medicina represora. Exactamente lo contraindicado para el manejo de una situación en que están de por medio enfermos mentales. Contraindicado, en realidad, para cualquiera que sea, pero sobre todo para enfermos mentales. Ante el clima de resistencia y pánico que dominó al hospital, las autoridades de éste detuvieron el operativo. Fue entonces que surgió la versión del simulacro. Todo ese desbarajuste —esa desestabilización emocional— habría sido dispuesta para verificar, con imperturbable frialdad, cómo reacciona un ser humano acorralado por su propia persecución, cuando encima se le somete a la amenaza de un cambio traumático.

A propósito de este tema, algún vocero de Salud Pública dijo ("El País", "El Día", etc.), con poética —sinjistra— expresión, que los enfermos que van a la Colonia Etchepare son flores mustias en un florero, y hay que dejarlos morir. Los hechos se empeñan en coincidir con las palabras.

Días pasados la cúpula del Ministerio —el Cdr. Givogre y los Dres. Bachini y López Scavino— recibieron cortésmente a una representación del Movimiento Pro-ayuda al Enfermo Psiquiátrico, y les habló de los planes de mejoramiento de la Colonia Etchepare que ya estarían en ejecución. Cándida se quedó mirando.